



María Calcaño

ANTOLOGÍA POÉTICA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

María Calcaño Poeta nacida en Maracaibo, Zulia, en 1905, desde el hogar cultivó una intensa formación autodidacta. Aunque su obra publicada es breve, la intensidad de su lírica, los modos de expresión libres y un erotismo incómodo para la moral de su época la distinguen como la primera poeta venezolana de la modernidad. Su producción literaria fue reconocida tardíamente debido a la censura de su época, sus poemarios más reconocidos son: *Alas fatales* (1935), *Canciones que oyeron mis últimas muñecas* (1956) y el poemario póstumo *Entre la luna y los hombres* (1961). Falleció en Maracaibo en 1956.

« Foto de la autora

s/f

AGN



127

Antología poética

MARÍA CALCAÑO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Antología poética

MARÍA CALCAÑO



Índice

17 María Calcaño: Casa y Eros

ALAS FATALES (1935)

27 A quien lea
28 Yo
29 Nada
30 Un verso
31 Yo
33 Ahora
34 Cosmos
36 Tú
37 Nardo puro
39 Raíz
40 Carne
42 Recodo
44 El sueño vivo
45 Puerto
47 La toma
48 La ofrenda
49 Grito indomable
50 Pesadilla
51 Ese hombre
53 Sembrador

- 55 Retorno
- 56 Hombre lejano
- 57 Mariposas
- 59 Nueva
- 60 Miedo
- 61 El deseo
- 62 Salvaje
- 63 De paso
- 65 Distinta
- 66 La suave ternura
- 68 Aquella mañana
- 69 Totalidad
- 71 Me ha de bastar la vida
- 72 El hallazgo
- 74 Fiereza
- 75 Sin palabras
- 76 Tarde
- 78 Después
- 79 Zeta
- 81 Polvo
- 83 El golpe sordo
- 85 La sola verdad
- 86 Tras la puerta negra
- 88 Muerte
- 89 El tiempo inmenso
- 90 Madurez
- 91 Vellón
- 92 Un hijo
- 94 Estos brazos seguros

96	Injerto
97	Angustia
99	Distancia
100	Retoño
101	Paz
103	Otro hijo
105	Desangre
107	Después del fruto
109	Al borde de mí
111	Cualquier tiempo
112	En las vegas
113	Agua
114	Vecindad
116	Piruetas
117	Ama
118	El panadero
120	Piedras preciosas
121	Simple
123	Grieta
125	Agua viva
127	El pozo
129	Laberinto
130	Pudor
132	Madrugada
134	Pastel
135	Horizonte
137	La lluvia
138	Mi casa
140	El río

**CANCIONES QUE OYERON MIS ÚLTIMAS MUÑECAS
(1956)**

145	1
147	2
149	3
151	4
153	5
155	6
157	7
158	8
159	9
160	10
162	11
164	12
166	13
167	14
168	15
169	16
170	17
172	18
173	19
175	20
176	21
178	22
180	23
181	24
182	25
184	26
185	27
186	28

187	29
189	30
191	31
193	32
194	33
195	34
197	35
199	36
201	37
203	38
205	39
207	40

ENTRE LA LUNA Y LOS HOMBRES
(1961)

211	Supé que debías llegar
213	Soy como el rostro del mar
215	Esta voz parar alcanzarte
217	Poema para una joven judía
219	Primer espanto de la niña con luna
221	El plinto de cerezos
223	Poema del destino fundamental
225	En cualquier lugar del mundo
227	Paso del hombre
229	Tercera vigilia
231	Canción de los ritmos eternos
233	El otro rostro
235	Proximidad de tu sombra en la distancia
237	Pestañas entrecerradas en la playa de un sueño
239	Por el bello fauno arrebatada

- 240 Callada ansiedad
242 Mis cabellos zafados brillan
244 Dádiva de tu sangre más allá de la muerte
246 Pienso en ti como en una infinita arboleda
247 Canción para soñar la pradera de un hijo
249 Ha vuelto a mirarme
250 Mi tarde sin labrador
252 Boceto de mi semblante sin edad
254 Acre sabor de raíz
256 Echo a volar tus camisas
258 A precio de ángel mi blancura
260 Poema de mi casa de cuatro gradas
262 ¡Alzo mis brazos fuertes!
264 ¡Tenerme, tenerme toda!
266 Al pie de tu nombre quieto
268 Tiempo cerrado
269 Por irme con el mar

A la familia Araujo Ortega por su cariño, hospitalidad y disposición para ofrecer la información y documentos que sustentan esta selección.

Al profesor Carlos Noguera, quien con mística, voluntad crítica y entusiasmo, asumió la publicación de toda la obra escrita por la poetisa.

A Cósimo Mandrillo, Enrique Romero y Miguel Ángel Campos, colaboradores diligentes y auspiciosos del proyecto.

María Calcaño: casa y Eros

La singularidad y libertad de María Calcaño (Maracaibo, 1906-1956) habla en cada uno de sus actos de escritura. La poesía es en ella vocación natural, pero a la vez cultivada en tardes de lectura, a través de la voz del padre: Camilo Arístides Calcaño, quien animaba los textos de Rubén Darío y Santos Chocano en la hacienda de su abuela: Rincón Nebott.

Su infancia es la de una niña que ama los caballos, la siembra y el ordeño de las cabras. El contexto campesino de su obra es reseñado por el crítico cubano Luis Suardíaz, con un trabajo reciente donde compara a la poetisa con Dulce María Loynaz y Gabriela Mistral, por la espontaneidad y frescura de sus versos: «Así me alegró el encuentro con la poesía de una buena muchacha campesina que nunca olvidó el olor de las flores»¹.

Herederas del ambiente pastoril que inunda la poesía de Miguel Hernández, su pasión por una Maracaibo de principios de siglo le hace producir descripciones espontáneas de las costumbres campesinas; por ello, sus trabajos primerizos adquieren un aire cósmico y telúrico, del que se desprende un erotismo primitivo.

Una gran desnudez:
mi cuerpo y la noche...
¡Pero sueño en el alba!

Alba:
 abertura de sangre
 (...)
 y alas.
 ¡La vida
 es este montón de tierra fértil!

En «Cosmos» (1935:15), las dos vertientes de su poesía: erotismo y fatalidad, reflejan la lucha romántica que une al erotismo con la naturaleza y la muerte, porque lo fatal le viene dado una vez que fallece el padre (1916). La poetisa contaba apenas con once años de edad y sus poemas adquieren un tono denso, que se observa en el quebranto de la niña que lo acompaña durante la tuberculosis pulmonar. Toda la atmósfera del duelo se refleja en los versos de: «Primer espanto de la niña con luna», del libro póstumo: *Entre la luna y los hombres* (1961:19).

... Miro esto que brota de mí
 y me arrodillo.
 Y casi digo oraciones
 nombrando al padre muerto
 con un gesto largo y extraño...

Poética donde una casa interior —que según Gastón Bachelard es el «país de la infancia inmóvil»—, y otra exterior o «cósmica», de la naturaleza, alberga la memoria de una mujer que viene del exilio y retorna a la casa de infancia en «Poema a una joven judía» (1961:17):

La lluvia ha abierto la ventana
 frente al retrato de ella.
 Lluve distinto,
 delante del silencio que le pasa por la cara.
 Como frente a una casa
 donde hubiera una niña
 muerta entre espejos.
 Como si con los pies desnudos ella viniera,
 y la castigara el polvo de muchos caminos...

La poetisa completa sus estudios de piano en casa de Carmencita Finol, y abandona la escolaridad —cursa apenas tercer grado— para encontrarse con la aventura autodidacta, que le trae la lectura de Voltaire y Alejandro Dumas. A los doce años, su madre, Francisca Ortega, le arregla compromiso con Juan Roncajolo, un contador marítimo y funcionario gomecista, de cuyo matrimonio nacen seis hijos: Blanca Viviana, Lila Martha del Consuelo, Juan José, José Andrés, María Teresa y Rómulo.

La maternidad es una variante más de su canto al cuerpo, del que se nutre buena parte de *Alas fatales* (1935). Por primera vez en la poesía venezolana y latinoamericana, una mujer hace de lo materno algo erótico. La figura de Venus como «diosa de la maternidad», difundida por Fernando Rísquez², es resaltada por un sujeto que hace fiesta erótica de su maternidad en «¡Tenerme, tenerme toda!»:

Tenerme,
es algo más que este clima de noches blancas,
flotando en mi alegre vestidura.

Tener mis brazos cargados de [...]
[...] niños errantes que me piden el pecho.

El poder de la seducción del cuerpo materno se define con fuerza en trabajos como «Sembrador», «Injerto», «Vellón» y «Canción para soñar la pradera de un hijo», entre otros; así, la atmósfera poética de sus poemarios recrea la imagen de la casa como paraíso, nido o cosmos, dejando atrás el grito campesino y primitivo de «Sembrador», donde el hombre engendra «repiques adentro» del cuerpo de la mujer; es un «retazo de tierra fértil» o «carne florida» (1935: 34).

En «Paso de hombre» (1961:27-28), el lenguaje más refinado y maduro guarda ecos del surrealismo de Federico García Lorca y lo metafísico se hace lirismo del deseo, acompañando las metáforas con presagios naturales que anuncian al hijo:

Será una niña...
vendrá como las flores nuevas

si tropiezas conmigo
¡No será más que una rosa grande
lo que perseguíamos
como un eco,
o un gnomo!...

Y empezaré a besarla,
venturosa,
sin saber si la hemos traído
de la tierra o del mar.

Cerca, muy cerca están de tocarse los polos magnetizados de su poesía: el deseo y la muerte; el amor erótico y la sacralización de la naturaleza. El sujeto de sus poemas traslada lo erótico al paisaje e introduce al agua como elemento movable y plural en su estética, «Agua viva» (1935:115) refleja esa interioridad, donde la palabra se transforma en manantial o agua subterránea.

Todas las tardes dejo la casa
como los pájaros paso el camino
y sobre el alto brocal del pozo
feliz me siento, bajo el molino,
junto al retozo
del cubo lleno...

Llanto en forma de río. Lluvia o simplemente cántaro que brota del pozo, el agua inunda copiosas páginas de su producción literaria. También es mar y revive el mito de Afrodita, cuando el varón resurge de la espuma de su poesía y aparece «el bello fauno» que «cumple un raptó de amor». (1961:43).

Una alta ola
me alcanza todo el mar.
Y ha invadido el mar mi selva
con su cristal crujiente y deshilvanado.

Arrebatada por el más bello fauno
que soñó la tierra,
¡me doy un susto de azul inmenso...!

La presencia del mar en la obra de María Calcaño es una verdadera obsesión, como lo confiesa en una carta que dirige al poeta e intelectual, Héctor Cuenca. Los versos de «Oceánica», «Sustancia», «Por irme con el mar», «Soy como el rostro del mar», «Canción de las tristezas futuras», entre otros, revelan el lazo fraterno que la une con Alfonsina Storni, a la que sus admiradores aconsejan sustituir tras la muerte de la escritora uruguaya, y de allí el comentario que hace en su correspondencia a Cuenca:

Unos amigos de Maracaibo desean que ocupe el puesto que dejó vacante Storni... El verdadero sitio de esta mujer de oro y ámbar es el mar, como del mar viene la vida, ella no hizo otra cosa que marchar a sus orígenes: como tal, no ha muerto. Está ella llena de misterio como los mares del mundo³.

La idea de hacer un recital por América del Sur junto a otros poetas — Antonio Arráiz y Andrés Eloy Blanco—, se produjo cuando Cuenca fungía de embajador de Venezuela en Ecuador. Calcaño aprovecha esta oportunidad para viajar a Quito, buscando una mejor educación para sus hijos, a la vez que pretendía librarse de la difícil situación con su esposo. Permanece en Ecuador desde 1940 hasta 1945 y regresa a Maracaibo, una vez muerto Juan, para casarse con el periodista y novelista Héctor Araujo Ortega.

El calor de sus hijos es como una fortaleza: cuando le asaltaba una profunda nostalgia por encontrarse lejos de ellos, recurría a sus cartas, como la que les dirige el 28 de marzo de 1945:

Ellos, mis hijos del alma, de mi corazón y de mi ensueño, ¿qué cargaré, mis hijos pequeños, cuando parecía que llevaba caza de estrellas y ahora son gritos? ¿A quién le digo esta vez que busco mi propio destino? ¿A dónde va? ¡Y qué me importa!, si ya estoy muerta y es el canto de la tierra que me responde a través de la sombra sin luna de mis mujeres. ¿Qué importa el marco que le den a esta honda agonía?

La *Revista Nacional de Cultura* publica una nota de José Ramón Medina sobre el libro póstumo *Canciones que oyeron mis últimas muñecas* (enero de 1957), y el

crítico se atreve a afirmar: «Efectivamente, su poesía no intenta en ningún momento escalar planos eruditos o intelectuales...»⁴, mientras que la Federación de Estudiantes de Venezuela la comisiona para organizar una biblioteca (1936), y también se presenta como fundadora de la Sociedad Iberoamericana de Mujeres en Caracas junto a la compatriota Olga Luzardo.

La cristalización del amor poético sólo es posible en un libro póstumo: *Canciones que oyeron mis últimas muñecas* (1956). La anécdota de estos trabajos —bajo el pretexto del «Cantar de los Cantares» bíblico— es el paso de niña a adolescente precoz, donde el matrimonio y los hijos son reseñados como historia de fondo del poemario, que cuenta un episodio de amantes y sus consiguientes encuentros clandestinos, hasta llegar al planteamiento de una vida juntos —sin casarse.

La candidez se une a la sumisión lírica del sujeto, que considera a su amado como un rey, un príncipe, y a la mujer como su esclava y fiel devota. El aire de espontaneidad de los paisajes del campo y el desenfado para plantear las uniones libres es el logro principal de este segundo libro, escrito en forma de memorias y con un estilo más dulce que el anterior, donde también expone su tradicional rebeldía:

Si vamos a la ciudad,
no vayas a tomarme del brazo.
No quiero parecerme
a esas mujeres
que llevan hombres aburridos.

Sin doctores,
ni iglesias
ni papeles.
Nosotros, nos casamos
por amor.

(de *Canciones que oyeron mis últimas muñecas*, 38).

María Calcaño mantiene una estrecha relación con sus contemporáneos en escritura: Olga Luzardo, Jacinto Fombona Pachano, Arturo Uslar Pietri, José Rafael Pocaterra y Andrés Eloy Blanco, como lo evidencia su relación epistolar con aquellos que consideraba sus amigos. El hecho de que la autora sea poco conocida en el ámbito regional —y qué decir del continental— tiene que ver con el aislamiento al que estuvo sometida la mujer, y lo pudo haber fijado el canon moral y social de la época. La misma opresión afectó a Teresa de la Parra.

Sepultados en el olvido, algunos libros —inéditos todavía— recogen la producción en prosa, y un poemario: *La hermética maravillada* (1938), que tenía en su poder Héctor Cuenca. La crítica personal y literaria sobre la obra de María Calcaño demanda el camino del Eros; pero también despierta la curiosidad lectora hacia el sujeto de una poesía que cuestiona el ser y su paso por el mundo. La visión es cercana al eclipse de su vida (a causa de un cáncer pulmonar), que acabó de forma prematura su talento—apenas contaba cincuenta años— en su casa de El Milagro, la madrugada de un 23 de diciembre de 1956. La misma ciudad que la vio nacer a principios del pasado siglo, la recibe como a Juana de Ibarbourou, «tapiada de rosas».

MARÍA EUGENIA BRAVO

Notas

1. Luis Suardíaz, *El Universal*, Caracas, 31 de enero de 1999.
2. Fernando Rísquez, *Aproximación a la feminidad*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1992.
3. Carta de María Calcaño a Héctor Cuenca (*Fragments de cartas 1930-1950*, inédito).
4. José Ramón Medina, *Revista Nacional de Cultura*, N° 170.

Alas fatales
(1935)

A quien lea

Quienquiera que seas;
en risa vagabunda
o árbol de emoción,
estaré en ti
cuando me leas,
pero estaré en ti.

Yo

(Ceniza, fuego, astro, canto
o flor. Mi dolor y mis sueños. Yo.)

Nada

Si no sumo nada!,
sólo un amasijo
de palabras locas.

Perdida
de deseos anchos,
hechos miel en la boca.

Perpetua
ansia de florecimiento.

Pero rama fácil
para el nido
y el canto.

Toda pensamientos...

Si no sumo nada!

Un verso

Si yo soy un verso!

Las sienes ardidas,
y las venas trágicas,
y los pechos trémulos!

Bajo el cuello erguido
mi pecho es un ara,
mi cuerpo un sonido...

Si yo soy un verso!...
completa, sin trabas,
soy del universo.

Yo

Por lo que tengo de violeta
los cien deseos más hermosos
llevo despiertos...

Mi raza fue de locos.
Por ventura. Perversos
que no fueron idiotas.

Reventó la semilla
traidora
en mi cáscara sencilla.

Y viéndome el tamaño
no podrán saberme
el tamaño.

Para llevarme a cuestas
estoy escrita en verso.

Lo más menudita...
y mujer!

Ahora

(Fruta madura, por el sol del mediodía.

El amor en sazón.

Racimo grávido sobre la boca ansiosa)

Cosmos

Una gran desnudez:

mi cuerpo
y la noche...

Pero sueño en el alba!

Alba:
abertura de sangre
y de alas.

Y el pájaro,
dueño del bosque
con un trino...

La vida
es este montón de tierra fértil!

El hombre
y yo
somos la quimera.

Dios
en su grave verdad.

Y sobre nosotros,
como una maldición,
esta sombra monstruosa...

Tú

Desde que vives en mi pensamiento
soy como de cristal.

Y siento
uniforme y sediento
el corazón:
música de lamento,
amasijo fatal.

Desde que vives en mi pensamiento
Soy un tormento
de canción...

Nardo puro

Yo vengo de un lejano
monte desconocido, con un pecho en la mano
como un nardo dormido.

Como la otra perdida
traigo miel en la lengua
y el vientre partido
como luna en menguante.

Llama de mis cabellos
que alimentan los vientos
libres de cien caminos!

Con el paso inquietante
traigo tintos los ojos de un azul deslumbrante...
y estoy sangrando
como sangran las nubes de diamante.

Pero esta mano llena
de sagrados unguentos
en sabores me sube
el amor... como a Magdalena!

Raíz

Todavía me sabe
a quemazón la boca.
Con esta risa loca
y aún me duele!

Ni la esencia me cabe
de una flor...
Todavía estoy
olorosa a tu voz,
a mano tierna...

En sabores me enciendo
y tengo un gusto de raíz.

Todavía me sabes,
quemadura de amor!
Y el cuerpo deletrea
el suplicio feliz.

Carne

Carne...

difunde el aliento
de tu pecado más hermoso:
tú eres como un jardín.

Vacíate
en el que quiebra
el tapiz de oro de tus vellos.
Dócil
como las criaturas que esperan a Dios.

Prende
como rosas desnudas
las cien cabelleras desordenadas.

Carne... Carne mía!,
intensamente llama,

intranquila, poseedora:
abre!
tú eres como un jardín...

Recodo

En aquel rinconcito
me esperaba el amor.

Lámina de pradera:
por un hueco de luz,
la carretera
y un pedacito azul
de cielo...

Ansias. Nubes.
Me esperaba el amor,
con un gusto ignorado
en el beso completo
y en el cuerpo sin límites
un extraño temblor...

En aquel rinconcito
me esperaba el amor.

Y más tarde me sentía
tanto dentro del pecho
que el color me nacía...

El sueño vivo

¡Hombre! ¿Qué me has hecho?
¿Qué me diste a beber en un beso
que tengo en el pecho
alegría y dolor?

Soñar y soñar...;
pero estar despierta
y aturdida
de este hondo placer doloroso.

Y estoy de rodillas
con llanto
sobre las mejillas.
Salobre,
como un puerto nuevo
que golpea el mar!

Puerto

Era perversa
con mi botín de hombres.

Él me retuvo...

En mis manos
no pesaban sus manos
de riqueza impoluta.

Y eran dos
llamaradas de ternura
sus ojos.

Despertó en mi vida
como un índice
de soldadura.

El alba ya no pudo negarme.

Y el amor era una hostia
gritada de milagro.

La toma

Me trepan las raíces
de tus manos amadas
y arropada en caricias
ya casi no me veo!

Me saltaste tan sólo
la blancura serena;
seguros de la noche
me moldearon tus brazos,
y fue un enredo fácil
la fiesta inagotable.

Hombre partido en cien
que me fuerzas la vida!,
en mis pechos desnudos
desata tu rudeza,
para que tengan ellos
ese duro barniz
que les falta de hombre.

La ofrenda

Se volvieron otros los deseos sanos
cuando mi caricia dobló la locura
estremecida y fatal de sus manos
ansiosamente alargadas de blancura.

Estaban sellados los labios en vano.
Para las palabras era ya muy tarde.
Llevaba una estrella prendida en la mano
y estaba menguada la mano cobarde.

En la tarde limpia ya el primer lucero
mostraba su guiño de luz al sendero
turbio y misterioso bajo su temblor.

Recogí sus manos trémulas y frías
bajo las dos alas tristes de las mías
y les di mis labios con mudo fervor.

Grito indomable

Cómo van a verme buena

si me truena

la vida en las venas.

¡Si toda canción

se me enreda como una llamarada!,

y vengo sin Dios

y sin miedo...

¡Si tengo sangre insubordinada!

y no puedo mostrarme

dócil como una criada,

mientras tenga

un recuerdo de horizonte,

un retazo de cielo

y una cresta de monte!

Ni tú, ni el cielo

ni nada

podrán con mi grito indomable.

Pesadilla

Soñaba que era tuya una noche invernal,
con los hábiles brazos de parietaria
tendidos en la sombra... y el abrazo fatal
me mordía la carne de visionaria.

Y como otra hoja sacudida de invierno
era en el trance ardiente
mi cuerpo de mujer un rojo infierno
de elásticos anillos de serpiente.

Estaba entre tus brazos. Pesadilla inconsciente
que me hizo sentir lo que nunca se siente
en la fábula hermosa que nos pinta el amor.

Y desde entonces vivo asomada al cristal
de ese sueño inconcluso, misterioso, fatal,
que me llena la vida con su extraño sabor!

Ese hombre

Me halló el hombre
echada sobre la arena,
descalza...

Divulgaban las ropas escasas
el cuerpo
prendido en la tierra
como una brasa.

¡Pereza! Me dijo, ¡pereza, pereza!,
y era la belleza
para él entrevista
en un grito que iría
hasta sus venas trágicas,
vellosas y prietas.

Desperté perversa
al sentir su cara gruesa y desteñida
sobre mi inacción.

Media tarde...
Me mató el hastío
ese hombre...

Arriero, peón!,
me mató el hastío
con una crudeza
salvaje, feroz...

Sembrador

No te pediré más
cuando me siembres.
¡Ya seré para ti
el retazo de tierra fértil,
carne florida
al chupar tu raíz!

En los dos está el nudo
fácil de la vida;
engendra, hombre que posees
tronco fuerte y amplias venas.

No te pediré más
cuando me tomes,
me repiques adentro
y me calles
las bocas impacientes...
que el retoño más bello
levantarán mis brazos seguros y salvajes

cuando la siembra cuaje
sangre de los dos.

Retorno

No me beses, madre!...

Hoy traigo los labios
manchados con otros.

No son como antes
dos pétalos blancos;
hoy los tengo rojos.

No me riñas, madre!

Si pena te traje,
que estoy deliciosa...

Si no quieres verme
morir de bochorno,
no me beses, madre!
Ya no es jugo sano
lo que mis labios dan...

Hombre lejano

Beso de un hombre
que se fue...
De su boca ignorante
me iba cayendo
como un sabor lejano.

A flor de lengua, Dios,
y no pude saberle
el tamaño.

Ahora él está lejos,
y se hace la noche,
y estoy como nunca
llena de recuerdos.

Mientras el silencio
en la mano me cae
como un salario pobre...

Mariposas

Cazando mariposas
me sorprendió la lluvia.
Y al besar el agua
con goloso deseo mis mejillas
soñé contigo en la quietud del huerto...

Un azahar florido
completó mi retozo
y penetró de símbolo
mi fiesta de muchacho.

Y del verde ramaje estremecido
cien gritos
de pétalos fragantes
cayeron en el hueco de mis manos...

Y al sentir el invierno
tan de cerca,
hermoso y dominante,

pensé que lo mismo pasaría
cuando tú me quisieras.

Nueva

En estas tardes claras y buenas
cuando parece que todo es nuevo
en las pupilas algo me traigo,
regreso fruta de buen otoño.

Voy minuciosa por el sendero:
en cada hombre veo un amante
y millonada de la distancia
estoy a caza de los luceros.

Luego mi hombre cuando me toca,
me encuentra extraña para su boca,
me apura íntegra como a un panal.

Y toda ensueños, fragante y nueva,
así me dice con dulce enredo:
Este inquietante sabor que tienes!

Miedo

Tengo miedo de darte la ambrosía

de mi cuerpo fatal.

Melancolía

de mis horas sombrías,

de mis horas de soledad.

Miedo de estar bajo tus ojos,

presa de tu beso triunfal,

serpiente de cristal

enrollada en tu copa

de alegría

como el árbol del mal.

Tengo miedo...

de darte en la belleza

de mis anillos rojos

mi sangre,

perversa de ansiedad.

El deseo

Revélate gigante,
que en mi vida
tú cabes.

A golpes de latido
quítame cien años de codicia.

Ábreme la vena,
abundante...
que la tengo estrecha!

Déjame una brecha,
deja que me dure
el goce
del hombre delante.

De un golpe
A cuerpo desplomado
dame la delicia...

Salvaje

Quiero un amor salvaje.

Llama de besos fuertes
que me dejen rendida...
y un ardiente oleaje
que en los vasos inertes
me derrame la vida.

Esta locura extraña
forja un amor desnudo
con fuerza de tormenta
y sabor de montaña:
un golpe fuerte y rudo
en la carne sedienta.

Yo me siento en las venas
la sangre poderosa.
Y grito y espero ansiosa
quien me mate el veneno.

De paso

Me probó de paso
de paso, y ahora tengo
llamas en la boca.

Sin saber de besos
lo escondí temblando...
Y estoy nuevecita
como una mañanita
de mayo.

Qué tienen sus labios
sabor de carnosos
ciruelos jugosos.

¡Cómo estoy de alegre
cómo estoy de loca,
con este pecado
disuelto en la lengua!

¡Dios! ¡Que nunca falten
llamas en mi boca!

Distinta

Mujer pecadora

¡Mujer!

Cada vez
te ofrezco un goce nuevo.
Cada vez, otro aspecto
que no me conozco.

Probó tu boca mi boca.
Ya sabes
de mi boca.

No importa
que me beses otra vez.
Ya va mi gozo
como piedra lanzada...

La suave ternura

Me adorné con un ramo
de rosas los cabellos.

Por qué tendré esta gana
de flores!

Mi voz es de cristal
cuando te llamo
y mis ojos son bellos.

Si te alargó las manos
es que adivino lirios
en tus manos.

Contra los labios
las estrujara
avara.

Mi voz es de cristal.
Tal vez te llegue
perdida mi canción...

Aquella mañana

Aquella mañana

apenas despierta,
me ahogó la vergüenza
de su boca amada,
pues al ser abierta
él me halló menguada
cuando soy inmensa...

Y quedé suspensa
frente a la ventana
fosca de matices:
como mariposa
cautiva en la trenza
azul de la mañana.

Totalidad

Ya suben tus manos
en mi carne apretada.
Ya me suben tus manos,
Y te siento las venas
tan ardientes y llenas
que dan vuelos!

Ya me ahogan los pechos
y se adueñan
de todos los tesoros...

Sobre la quemadura
de los cuerpos
crujen las ligaduras
de los brazos estrechos.

¡Y ya tengo tu carne,
ya la tengo completa!

Sobre mi vestidura
de finos vellos de oro...

Me ha de bastar la vida

Crece sobre mi carne dolorosa
lamiéndome hacia adentro,
hoguera deliciosa!

¡Quémame duro, hondo!...
Ni en mi dolor reparo
cuando te pido
recia lastimadura.

Molde de sangre.
Sólido.

Como un cielo
fundido en el vientre...

Le aventará su gárgara
mi vida!

El hallazgo

Hoy me lo he hallado
en el camino,
y cosas tan buenas me ha contado
que vengo embriagada
como un vino...

Cuando se es campesina
y se presenta el amor
no se puede decir nada.
Ya mi voz está menguada
por una garra divina
de temblor.
Y por nada diera
este hondo rubor
que me lame como una hoguera,
lengua de destino, brujería de amor.

Hoy me lo he hallado
en el camino:

me probó con gusto como a los frutos sanos,
y yo no hice otra cosa
que quedar temblorosa,
deshojada como una rosa
en sus manos.

Fiereza

Cuando me llama él

me sabe a miel

el nombre.

Y hasta la pena

me sabe a flor,

a cosa buena perdida...

Hondo y arraigado

llevo en sagrado

signo su cariño

y un pensamiento fiero

me filtra su lejano

gozo venenoso:

porque hasta su nombre

fuera mío solo,

quisiera matar ese hombre!

Sin palabras

Temblarán mil luciérnagas doradas
entre tus manos.
Mil luciérnagas inquietas
esa noche.

De mi cuerpo desnudo
como tibia neblina temblorosa
abrirán mil luciérnagas secuestras
alas maravillosas...

Si soñaste un día la belleza
en los flecos menudos
de los lirios,
¡qué sinfonía escribirás, amante,
en mi vientre de luna!

Tarde

Te miro.

Te miro de cerca:
te escudriño hosca...

La tarde está linda afuera en el monte.

La promesa que traigo
de belleza
se me aprieta a la boca.

Y me dueles.

Tus caricias me arden
como tus palabras.

Me dueles.

Por eso vengo de tan lejos
a plantarme en tu alfombra
como gajo henchido.

A sentirme los ojos dolorosos
cuando me suba el oleaje
de tus brazos crespos!

El aire se hastía.

Los deseos me apresan.

Yo soy la tarde linda...

Después

*(Misterio. Sombra. Nada. De esta ecuación arcana,
brotará la Vida)*

Zeta

Yo sé que he de morir,
que ha de venirme eso...
Pero no quiero llantos,
ni dobles de campanas
ni alborotos, ni rezos.

Déjame solamente
el calor de tu pecho
sin estorbo de gente...

Y ahora que nada me dices,
habla de cosas buenas,
alegres, de mentira.
Bésame intensamente...
júrame que me quieres
y descíñeme este peso
de angustia.

Después...

¡qué importa!

Vendrán otras mujeres

a borrarte mis besos.

Polvo

Sin una campanada
ni un sollozo
quiero la muerte.
Cuando pudra,
dueña de cualquier hora,
la misma risotada
de miseria
vendrá a empolvarme.

¡Y de allí, que me lleven en hombros,
tapada de rosas!
Ya estaré sin nombre
como el de la inclusa...
¡Nada podrá esa caja
de paredes estrechas
y prieta como un cuervo!

Pasaré las rendijas cuando menos lo piensen
y retoñaré vida sobre el terrón de muerte...

Mejor que me volviera
de una vez fin de polvo,
despojo de llama disuelta en el viento...

¡Que somos nada!
si ser nada incluye
ser cielo, nube,
mariposa, río...

El golpe sordo

Será mi muerte
una suerte sin lástima
y sin esperanza...

¡A flor de pulso
quiero tenerla encima,
quiero verla llegar!

¡La iré tentando...
conociéndola toda!
Con los ojos
comidos hasta adentro
por el momento negro.

Sin dolor. Sin miseria.
Sin aceites benditos.
¡Sin la ayuda de nadie!

¡Metida de frente
en mí!

Después...
caeré pesadamente.

Y echada en la sombra,
sobre su puño de polvo
se reirá la Muerte
de mi pobre guiñapo,
la zeta miserable
de una mujer hermosa.

¡Mientras la tierra encinta
de esta siembra deforme
le apaga la boca abierta
con un golpe!

La sola verdad

Me moriré cualquier día
caluroso, frío
un lunes, un jueves.
Me enterrará
ese mismo Olímpíades
con su pala grande
y sus brazos fornidos
en el pedacito de tierra
que me costó diez pesos
y que riego todas las mañanas
porque no esté tan dura
cuando yo vaya.

Viejo Olímpíades,
no me tires tanta arena,
no me dejes tan hondo,
para que cuando tú pases
oigas mis buenos días.

Tras la puerta negra

Canta,

canta entre golpe y golpe
el sepulturero,
¡y la canción le sale
del zanjón oscuro
como un manantial!

Yo lo he visto de cerca,
le he buscado a voz
y le he palpado las manos
para alcanzarle el vaho
que deja la tierra
recién-abierta, recién-harta...

Y le he espiado la sombra
por el ancho camino
cuando bajo los árboles

caídos de racimos
se aleja placentero
montando su yegua blanca...

Él aprendió
a endurecer sus ojos
entre la zanja negra,
a partir duro el barro,
a acomodar tranquilamente
el polvo
sobre el polvo...

¡Entre tanta miseria
ya casi ni se ve el sepulturero!

Muerte

Me horrorizan esas carretas
graves y desteñidas
donde llevan los muertos,
ya hediondos bajo los ramos de rosas
y nardos frescos.

Triste de ser vivo...
y después...
triste de estar muerto...

¡La misma miseria!
Pero yo quisiera quitarme el peso
de este cuervo.
Porque es loco
ver empinado al carretero
con un soplo de vida
sobre el resto...

El tiempo inmenso

(La carne nueva temblará como la
primavera, en un árbol florido)

Madurez

Yo soy un vaso...
y se aturde la vida
en el vaso.

¡Pon seguro el brazo
y la mano en alto!

Savia desgarradora
que apunta
en verdes plenos.

Vendimia...
Pródiga me doblo
de nidos y racimos.

Vellón

He querido tener un hijo
y hoy llevo el corazón
henchido de regocijo.

La vida me llama
y yo me siento constante
una canción en los oídos.
Y se me alzan los pechos
como vasos estrechos
en el nido del seno.
¡Y la sangre orgullosa
es una llamarada!

He querido tener un hijo
y ya no me queda
nada que desear
con este vellón de seda
que ha amanecido
en mi altar...

Un hijo

Cuando me llega un hijo
qué emoción la que siento!
Alegría grandiosa
que me muerde en los ojos,
y con callado estruendo
me despierta los pechos
palpitantes y blancos.

Tú eres infeliz,
mujer, si no sentiste
este sagrado estremecimiento,
esta brecha honda...

Mírame el delicioso
afán que me sube al rostro,
afán que es apenas
lívido reflejo
de la fiesta interior.

¡Infeliz! ¡Infeliz si no has sentido
este entusiasmo loco
de tener un hijo!

Estos brazos seguros

Por ti

llevé cien años
los brazos implorantes.

Para sostenerte
a ti, hijo mío,
se han tornado salvajes
de fuerza y bravura.

Ahora duermes,
duermes...
Y tu madre vela.
Afuera,
¡que se abran los caminos negros!
Por ti llevé cien años
los brazos implorantes,
y se han vuelto salvajes

estos brazos que son
para sostenerte
a ti, ¡hijo mío!

Injerto

Me vas a hacer un hijo.

Te lo sacaré hermoso
con todo el regocijo
que quiebra mi reposo.

Un brazo que te arranco
para los años de mañana.
Ya vendrá el rebote blanco
a henchir los pechos anhelantes.

¡Hombre! ¡Presto al trasplante!
Seas tú quien me cure
con una cosa de Dios
el desamparo.

Angustia

Al pasar por la calle,
una pobre mujer desamparada
me salió con su hijo.
Aún escucho su voz atribulada,
la fatiga de todo lo que dijo
y aquel niño llorando sobre el pecho...

¡Triste miseria que enturbió mi alma!
También era yo pobre, pero había
otro Dios más clemente en mi pobreza.
Tomé el niño en los brazos
y le calmé el sollozo,
y lo hice sonreír
con una mansa y celestial dulzura.
Luego palidecer los vi en el rojo
cuadro del horizonte...
Y pensando en mi hijo
a quien nunca ha faltado mi cariño
y tiene padre, abrigo y pan seguro,

proseguí mi camino, nublados ya los ojos
de pensar con angustia y con alivio:
¡si algún día este niño dará pan a mi hijo!

Distancia

Alegría del hijo

que pasará del muro
de mis brazos escuálidos!

Cuando la entraña yerta
no tenga ya substancia,
será mi úlcera abierta,
será mi vida en la muerte...

Y cuando en la belleza
azul de los caminos
—sombra ya de fantasma—
me alce toda lívida
de una plata imposible:
este gajo sangrante
será la única mordedura feliz
que me hable distante...
¡hasta la raíz!

Retoño

Hoy me ha florecido
en flor de latidos
un lado del pecho...
Y estoy dolorosa
con las manos juntas
sobre mi pedazo florido.
Y ya se me empina.
¡Y toda me estrecho
al roto incurable
como una abertura
ancha de preguntas!

Hoy me he conocido.
Me he conocido
en esta mordida
sabrosa
y dañina
que me da la vida.

Paz

Vengo

con las manos tranquilas.

Cuando era pobre
y pedía,
tropezaban los vientos
en mis manos tendidas.

Pero entre los brazos
me dejaron un hijo
y con esta dádiva
me ha caído en la vida
una paz infinita.

Ahora
ya no tiendo
las manos empobrecidas.

De riquezas colmadas,
cuando las levanto
casi tocan el cielo!

Otro hijo

Me ha apuntado
un nuevo retoño
en la rama.

Como una brasa fragante
que me quema el costado
y se me desparrama.

¡Ya tengo otro hijo!
Un paso que he dado
vida adentro
con la melena de los cuatro vientos
vuelta llamas!

¡Hijo!
Tú apagarás seguro
mis voces...

Tú,
en mi cercanía,
me vencerás las distancias
me endulzarás las palabras
que se dicen con el gesto duro,
y me volverás suaves
las cosas violentas...

¡Ya tengo otro hijo!

Desangre

Tenía un recuerdo
de mañanas lindas
sujeto en los ojos,
y esta mañana
se me vino del tronco
el hijo nuevo...
¡y se me ha roto el gozo!

Fracaso de la siembra pródiga
en el vientre partido de miseria.

¡Sangre mía absoluta!,
impetuosa
y ardiente:
¡cómo deseo ahora
con el orgullo suelto,
sentirte toda pimpollada
en cien brotes altos!

La raíz lastimada.
Los pezones baldíos.
Mi gozo en suspenso.

Y la vida me duele
como una cosa grande...
por no haber afirmado
bien el gajo pequeño!

Después del fruto

Estoy encendida

de savia toda,
y tengo en la herida
de la última poda
la carne golosa
de belleza.

Estoy deliciosa
con mi promesa
de mañana,
y aguardo en latidos
como en primavera
los primeros nidos...

Me he quedado pobre,
pero nuevecita,
y una mañanita cualquiera

me sentiré sobre
la huella sedienta,
una bocanada de retoños.

Al borde de mí

Te estoy pidiendo un hijo
con otra voz
que es pura emoción.

Te estoy pidiendo un hijo
con otra voz
ajena de la mía:
voz de todo lo fértil.
La voz honda
de la tierra movida
que asombra
a la tierra misma.

¡Porque me he vuelto grande,
grande!
A tus mismos ojos,
por este lado tierno
que es mi borde infinito.

Y te vengo pidiendo
con un rencor de india,
callado,
vivo...

Te estoy pidiendo un hijo
con un silencio
que es una gran palabra
echada en tu silencio...

Cualquier tiempo

(El dolor es firme. La ilusión es móvil. En el espejo de las horas se refleja el cielo estrellado, la noche sin aurora...)

En las vegas

Por la cuesta vine
corriendo, corriendo...

Me traje en aromas
más de cien jardines
que se me enredaron.

Y el viento me viene
persiguiendo el rastro
como una serpiente.

En más de un camino
casi me tumbaba.

Y estoy en la orilla
del río, rendida.

Este viento henchido
de ruidos sagrados y hondos:
germinaciones, injertos, retoños:
yo lo siento vivo
por todos mis poros abiertos.
¡Ya lo tengo encima!

Agua

Hecha va mi palabra...

¡Puedes alzar con ella
un grito de cristal!

Suelta,
buena de riesgos
para tu tierra negra.

¡Y es un agua impetuosa!
¡Que en la mano te salta
como un manantial!

Agua despierta,
echada
sobre raíz segura.

De subterráneos ímpetus
hecha va mi palabra...

Vecindad

De una tribu lejana unos indios vinieron.

En plena noche
ardió su fogarada
como un farol...
y entre sus voces y risas dispersas
yo metía mi alma,
yo arriesgaba mi gozo.

Amanecieron azules
el patio y la majada,
y mis ojos, tamaños de caminos...

Esta mañana les grité mi saludo
de mujer bullanguera,
y ellos rieron con ruidosa alegría
de mis caprichos de «español».

Arrimados los tengo allí, a un lado.
Arrimo bueno para mi soledad

y para su lumbre
que pretende con la mía...

¡Y voy por la casa con una alegría!,
porque este verano
sí es verdad que bailo,
y toco maracas
y tengo vecino!

Piruetas

En más de cien caminos

le salgo a la vida:
alta en desatinos,
alegre y florida...

Con las manos cuajadas
de primavera,
le aviento mi risa
despierta, sin freno...

¡Siempre bulliciosa
tremenda y chiquilla
soy pobre,
y a la vida
le cuesto tan cara
con mi lujo de ansias!

Ama

¡Mujer!

Ábrete el corazón,
que es una flor de llamas,
una sola canción...

¡Da tu vida a cien hombres!
¡Que te duela la herida!

Que seas como un vaso
levantado en un brazo...

Que vientos de placer
te preñen los ojos,
¡mujer!

Ama...

Tuya es la alegría.
¡Con un golpe de hombre
en la honda sangría!

El panadero

Tengo un panadero
puntual, que madruga.
¡Vaya un bullanguero
el que me ha tocado
de panadero!

Pasa cantando por la carretera
llenándolo todo
de luz mañanera.

Cuando se me arrima
me aturde la alegría
de las cien calles que anda
que él se las trae en su canción.

Verdad que soy amiga
de este muchacho
que me enseña cantares
madrugadores.

Si estuviera niña
me fuera con él
cualquier mañanita,
cuando pasara con su algarabía
de cuatro dominguero...

Piedras preciosas

¡Qué manto augusto de piedras blancas,
de luces regias mi colcha cubre,
cuando de noche
sola en el cuarto yo me desnudo
junto a la cama sencilla y pobre!

Como en mi vida
nunca he llevado piedras preciosas,
tiemblo de gozo
cuando me tiendo...
Entra en el cuarto,
en bocanadas de luz el cielo,
y en mi cuerpo, clave de ensueño,
se abren las alas de las estrellas
como luciérnagas maravillosas.

Simple

Me lo tropezaba
junto con la aurora.
Con sus manos gruesas
me apartó el cabello
por verme la cara.

Era por el pozo,
muy de mañanita...
y él quería verme,
robarme la clara
visión de los ojos.

¡Sí que fui chiquita
con aquel coloso!
¡Venirme corriendo,
sin saber por qué!

¡Cómo río ahora!...
Toda impregnada de rocío,
sin él, sin aurora...

Grieta

Hay una pareja de amantes
que todas las tardes me tienta,
cuando en la nostalgia
bella de la tarde
mi boca que arde
ansía los besos locos y distantes.

Detrás del bordado
que tiembla en mis manos los miro sedienta...
y estoy sin remedio pegada al camino
de quienes acaso nunca me han mirado.
Cuando ayer pasaron
tan cerca, casi me tocaron
la mirada infinita y suspensa...

Acaso la sombra los tienda en lo negro
y les trencen los cuerpos ansiosos.

Y en el pensamiento loco de pecado
yo siento el zarpazo del instinto suelto,
garra de tentación
que agrieta mi cuerpo vencido.

Agua viva

Todas las tardes dejo la casa,
como los pájaros paso el camino
y sobre el alto brocal del pozo
feliz me siento, bajo el molino,
junto al retozo
del cubo lleno.

¡Con qué alegría
mis manos tocan el agua clara,
el agua fresca y recién venida!

¡Este alborozo de niña buena!

¡Todas las tardes cuando el poniente
tiñe las nubes sobre los montes
con agua viva mojo mi cara
y mis cabellos negros y espesos,

mientras la noche me viene encima
y el viento arrecia,
y el molino
se vuelve loco!

El pozo

En el camino de mi casa
hay un pozo
soberbiamente triste,
como un inválido
arrimado al camino.

Algunas tardes
alegre y ligera voy a sentarme
en el viejo brocal carcomido,
y es entonces,
al sentir su miseria,
cuando me vuelvo triste.

La pobre gente que pasa
se admira
de hallarme suspensa,
quebrada
en la sorda amenaza.

Quedo sola en la tarde,
blanco de la sombra,
buscando la pupila
cada vez más opaca
y más turbia...

Laberinto

En la calle oscura
algún hombre libre
se quedó perdido...

Bajo la ventana
oigo sus pisadas
de muchacho fuerte.

Sólo nos separa
un ancho de acera,
mientras estamos
como a una legua
de la ciudad...

Y estoy levantada
con un gozo nuevo,
con un gozo loco
de oírlo allí afuera...

Pudor

Del brazo de la vida
voy entre los hombres.
Mi mano minúscula
pero amplia y recia,
que es de viento libre
mi guante.

Cualquier vagabundo,
hombre callejero,
me mira toda,
me aprende fácil.
¡Y cómo me empañá
la mirada insolente!

Aún tengo borra
de antigüedad
frente a los ojos
que en mí bucean
a la mujer.

Del brazo de la vida
voy entre los hombres,
mientras cien miradas
sexuales y torpes
me rompen la canción.

Madrugada

De madrugada
la casa en sombra
me desespera,
y dejo el lecho
pesado y triste
y llego al patio
como una alondra.

Y es entonces
cuando la aurora
prende en mis hombros
su cabellera.

¡Me siento bella como ninguna!
Con aliento de primavera
sobre los labios,
sobre los senos
mal escondidos
bajo la túnica.

¡Qué de belleza!,
¡qué de frescura tiene mi cuerpo!,
¡cuando la aurora llega y me toma
medio desnuda
sobre la yerba!

Pastel

Un caminito

desnudo de árboles:
juntos están allí
para decirse adiós,
un soldado y una muchacha.

Una tapia los escuda
de todo el otro camino.
Él está triste,
ella muda...

Cielo rubio de alborada
los cobija.
Y se abrazan y besan
junto a la tapia desierta
donde parece que muerta
va a quedarse la muchacha...

Horizonte

En trémulo anhelo
yo vivo de un sueño:
irme bajo el cielo
libre como el viento.

Risueño
me tienta el camino,
yo no sé si puedo
decirlo sin miedo,
pero yo me siento
loca como un trino
subiendo la falda
de alguna montaña...

Y aguardo desde la ventana,
tendidas las manos
ante los lejanos
montes de esmeralda.

Y cada mañana perdida en anhelos,
es mi pensamiento:
¡irme bajo el cielo
libre... como el viento!

La lluvia

No sé por qué tanto la lluvia me ama.

Si voy por el monte me sale traviesa;
si en la noche llega, me busca en la cama
y por no asustarme íntima me besa.

Y no tiene freno su franco retozo
al tocar mi seno fragante y menudo
al pasar la túnica que ampara el reposo
de mi cuerpo inquieto, como el mar desnudo.

¡Qué gusto se ha dado mi alma aldeana
cuando la sorprende loca en la ventana
llamando al postigo con mano implorante!...

Yo puedo decirle muy hondo a la vida:
¡he llevado un siglo la belleza asida
por la cabellera de hebras de diamante!

Mi casa

Mi casa es blanca
pequeñita, pobre;
alegre de blanca
en el vasto camino.

Arrimándose va por los contornos
la ciudad:
calofrío de la calle triste.
Sin árboles
ni yerba.

Asombro atribulado del camino
que espera
la caída del campo,
la caída de esta buena quietud
y armonía
de la gente.

¡Mi casa
Nunca podrá codearse
con casas de hombres ricos,
porque ella en su pobreza
tan sólo me guarda a mí
con mi belleza,
y mi ensueño...

El río

Vengo de un lago
y de un monte...
pero estoy ahora enredada
en las cien aberturas
de esta creciente.

Porque es loco el río
cuando corre,
y me pego a su entusiasmo.

Sobre las piedras blancas
el río ahoga mi cintura
como un brazo de hombre,
y se me empina
sobre los flancos ágiles.

Como a un vergel
me anega y me crece!

Y en un esfuerzo humano
él hace por rodarme
peña adentro...

**Canciones que oyeron
mis últimas muñecas
(1956)**

1

Había olvidado las muñecas
por venirme con él.

De puntillas,
conteniendo el aliento
me alejé de mis niñas de trapo
por no despertarlas...

Ya me iba a colgar de su brazo,
a cantar y a bailar
y a sentirme ceñida con él:
como si a la vida
le nacieran ensueños!

Yo no llevaba corona,
pero iban mis manos colmadas
de bejucos floridos de campo,
de alegría, de amor, de fragancias.

Muchas noches pasaron encima
de aquella honda pureza sagrada.
Todo el cielo volcado en nosotros!

Había olvidado las muñecas.

Ahora él se ha ido:
lo mismo.
Despacito, por no despertarme...

2

Me miró con cariño
y sin conocerme
me besó en las manos.

Cuenta, madre,
por qué lo ha puesto alegre
mi llegada?

Me temblaban los labios,
ni me cabía el alma,
y me puse a cantar.

Yo no pensaba
que era mi señor,
pero era mi poeta
y su verso fue una cadena
sobre mi corazón.

Yo no pensaba que era mi señor!
Pero se ha ido
y están con lágrimas mis ojos...

3Camino de la feria

todos los pocitos dulces que encuentro
me retratan!

Con la cesta de frutas,
la funda de velos,
y la pañoleta bordada.

Así mismo como me miro en tus ojos.

Cientos de ranitas cantan
cuando llueve.

Yo también.

Cuando te mueras,
serán tus ojos como ese charquito seco
de la esquina?

Sentada en una piedra lloro.

Camino de la feria
ya no salto,

ni canto,
ni me retrato junto a los sapitos,
ni me importa la feria!

4

De la casa al camino
mis ojos van y vienen...
Lucecitas vacilantes
extendidas hasta los vuelos
que da tu vestidura
al andar.

Alguna vez llegarás!
Alguna vez llegaremos!
Sobre un banquito de piedra
de nuestro mismo tamaño
dormiremos.
Acariciándote los negros cabellos
caídos sobre mi rostro,
te estaré besando
en plena noche de angustia.

Y marzo, nuestro marzo,
maravillado, y único,

como lleno de espejos,
nos volverá a ver juntos.

5

No atinaba a verme
en la espesa noche,
y ya se había inclinado
hasta mi oído
para decirme que soy hermosa.

Fue como un vientecillo
suave que pasara por mis ropas,
un hallazgo de nidos;
una dicha.
Y se soltaron mis cabellos
cubriéndome toda,
como un manto...
Y cayeron mis ajorcas!
Y brillaron sus ojos.
Y aletearon sus manos...
Y entre tantos lazos
y prendas desprendidas

no se veía
su conmovida mano.

Con su distancia de ópalo
la nueva mañana
alcanzó a ver mi guirnalda vencida...

6

Toda la noche

te ha dado en qué pensar
mi llegada.

Al fin has escrito
con un palito
sobre la arena de la playa:
¿Dónde ha perdido aquella sencillez
que la hacía adorable?

He corrido a abrazar tu cabeza
contra mi pecho.
Y besando tus cabellos
me he echado a llorar.

Alzaste tus ojos para besarme.
Y por gracia de tus ojos
pienso que más tarde

vas todavía
a encontrarme adorable...

7

Ha salido a la calle...

Se lo he confiado
a esta noche cariñosa de marzo.

Sacudiendo sus zapatillas
me he encontrado sonriendo
delante
de una de sus pipas.

Parece que su boca
se hubiese quedado allí,
mirándome!

Ruborizada, me apresuro
a correr el cierre de mi blusa.
Abro la ventana
y apagando la vieja lámpara
me siento junto a ella...

8

Su camisa es de tela
corriente.

Pero cuando se acerca e
s como una llama
que se abraza a mi cuello.

Porque me olvido de todo.
No sé si grito de amor
o es el trance
de la quemadura
que mi sangre mantiene
como una flor de llama...

Y no conozco su nombre.
Ni recuerdo su cara.
Pero pasa por mi lado
y yo vuelvo a morir.

9

Se había detenido.

Y yo estaba esperando que pasara!

Reía con los ojos.

Me llamaba,

y no eché a correr

por más que lo pensaba,

y no dije ninguna

de aquellas palabras aprendidas

de mi madre...

Apenas recuerdo

mi vestido celeste

junto a su hondo respirar.

Ya no supe qué pasó de mí!

10

Se ha acercado el pordiosero.

Frente a la casa cerrada
queda.
Deprimido el paso,
contenida el ansia
bajo el harapo doloroso.

Pasa sus dedos
por la pesada
brillante «mano» del aldabón,
sin llamar.

Adentro,
hay algarabía de niños!
Y en el jardín hay rosas
que abren para el viento...
Mientras la chimenea
bota su alegre humo.

Y el hombre pobre,
como hipnotizado
sigue allí,
frente a la mano
muda,
sin palma!
Y se le queda su ansia
sin llamar.

11

Yo iba por el camino
y volvía la cara a cada paso
para sorprenderlo
en la llegada.
Entonces llevaba grandes lazos
y saltaban en la cuerda...

Hoy ha llegado.
Cuando no lo esperaba!
Presurosa he corrido...
y regando flores
por donde iba a pasar
me eché por último
a sus pies.
(Tantos años
hilando las sábanas
de mi señor!)

Al inclinarse,
el viento aglobaba su manto,
como un arco
sobre nuestras caras unidas.

Y saltando de júbilo
sobre el camino que me lo traía,
empecé a soltar sus sandalias...

12

Qué solo he encontrado
tu cuarto de trabajo!
Arrollada en un rincón,
está la alfombra
que bordara Clorinda,
con sedas de cien colores.

Tu cabeza inclinada sobre el pecho
no me deja ver tu rostro.
Tu amado rostro!
Donde advierto
como una lágrima
que pugna
por salir.
He querido acariciarte mucho...
y no sé por qué
sigo sin acercarme,
besándote de lejos.

Nada me has dicho ahora.
Éste no es tu silencio.
Tú no eres tú.
Agobiados estamos
por la misma tormenta.

Pero yo, de rodillas,
mulliré mi cansancio
por seguir esperándote!

13

Hasta el mismo silencio
ha llegado,
y no estás.

Como si no existiera
mi corazón!
Caigo abatida sobre la piedra.
Y es cuando tu voz,
agasaja mi rostro,
y apaga mi lágrima,
y mueve mi rosario.

Oh, señor!
en qué lugar me habitas
que yo ignoro?

14

Tiendo los brazos
para saber
todo lo que me darás.

La noche cae detrás de mis hombros.
Mientras yo sueño
y me vuelvo tierna,
como si fuera a llover...

Penderá la noche
de mis hombros delgados.
Pero para tu paso
sembraré musgo blanco.

15

Dejó su reino

para estar confundido entre todos.
Sentado a mi lado
es un campesino más.

Y él, que es grave y arisco,
ahora ha estado alegre,
y una risa buena
le ha corrido por la cara.

Allá quedó el rostro tieso de la vida.
Aquí toda su alma naufraga
en esta dulzura infinita!

El campo!
Mi campo es sólo esto:
alegría, alegría,
alegría callada y desparramada!

16

Hacíamos los dos
una sombra pequeña.
Pequeña y suave
de rama menuda,
de pájaro...

Llevábamos la boca nueva,
las manos locas
como canción

Pero una amargura
fina como una lágrima,
se nos metió por la risa.

Hacíamos los dos
una sombra pequeña...
Y el amor un día
nos hizo una seña torva.

17

Cantabas muy bajito,

casi sin palabras.

Cantabas muy bajito

y me dabas miedo.

Yo estaba tendida a tu lado
como en una playa desconocida,
y el misterio que abría en tu rostro
florecía mi brazo desnudo.

Era como una sombra
echada junto a tu sombra.

Pálida,
con el desvanecimiento
de las cosas inmóviles.

Cantabas muy bajito
mirándome a la cara.
Y yo me desvanecía
perseguida en tus ojos...

18

Yo estaba sentada a mi puerta
cuando pasaste
con tu comitiva triunfal.
Sólo vi tu corona
y tu manto púrpura
y tus galas brillantes.
Pero yo sabía
que ibas allí, señor!

Día a día te esperaba,
te esperaba desde las rodillas de mi madre.
Ahora me salías al paso
bajo un peso de oros mezquinos.

Y yo que iba pegada del polvo
lloré de vergüenza,
de pena, de júbilo.

19

Tú pasaste a mi lado
sin darme siquiera tu cara,
sin decir una sola palabra!

Septiembre.
Han vuelto ya los tréboles
para enjugarte la sábana tibia.

Mira!,
ésta es tu misma huella,
por aquí pasó tu caricia...
No te canse
este fervor de tu criatura!
Yo no recuerdo haberte mirado con malicia.
Sólo sé que pasabas
y que yo iba contigo.

Con tu cara voy,
señor!,
porque me pego en tus ojos
y anuncio tu paso
y salto tu silencio.

20

Esa mañana salí temprano.
Mojé mis cabellos en el mar
y me puse flores nuevas.

Pero no me esperabas!

Volví a anudarme el pelo
y bajando los párpados
me arranqué las flores...
Por el camino de la playa
mi regreso prolonga
tu silencio...

21

Había querido alcanzarte
cerca de tu propio palacio.
Y anduve, anduve, anduve
toda la tarde...

Llevaba mis moños de novia
retorcidos y atados de olores.
Había rosas blancas en mis manos
y era mi corazón como un rubí nervioso.

El día se puso oscuro sin encontrarte!
Y agazapada en mi plegaria
me he vuelto hasta la casa
triste de las inútiles ansias.

Y de la tierra inclemente
y desconocida,
oh! Señor,

no he traído más que este polvo,
humilde, desperdiciado,
que se vino en el ruedo de mi túnica...

22

De muy lejos llegó
el que hoy es mi esposo y señor.

Todos le salieron al paso.
Yo estaba olvidada en mitad de mis flores,
muda, como por encanto.

Empecé a andar.
Nadie se volvió a acompañarme.
Pero él estaba allí,
y presuroso se vino
por la estela rosada de mi huella.

Cuando llegó la noche,
todavía me sostenía en su pecho.
Me acariciaba, lento.
Contra su corazón,
como un vago perfume.

Los otros permanecían asombrados
detrás de nuestra sombra.

23

Me ha mandado esta flor.

Ya están olorosos mis labios!

Esta noche no perderé un minuto,

no miraré a las estrellas,

no pensaré en nada.

Me quedaré contigo,

florecita mía!

Estrechada contra mi corazón.

Doblada de perfumes,

tú eres él,

y soy yo,

y eres la flor de la vida!

24

Camino por donde pasa él todos los días!

Yo te sembraría
de palmas y lirios morados.

Con estas mismas manos
que lo acariciaron,
yo te sembraría,
con la hierba más niña
para sus pies victoriosos.
Hojas como sedas,
pétalos, grama tierna
para mecer su paso!

¡Ah! ¡Mis cabellos tendidos
los volcara de esencias
para sus pies desnudos!

25

Esta mañana

montando tu negro caballo,
pasaste por el otro camino,
sin verme.

Había ido a sentarme en esa piedra
que ya conoces,
donde tantas veces
jugamos juntos...
Recuerdo que allí me dijiste
que era la más hermosa
de todas las mujeres.
Que te hacía feliz
cuando te acompañaba...

Hablando
te pasaban por la boca
hilos del más puro cabello dorado.
Mezclados con el viento

se confundían con tus palabras.
Tenías 15 años
y aún llevabas el cabello largo...

Mirándote al fondo de los ojos
te besaba
en pleno corazón orgulloso:
qué harías
con una madre fea
y arrugada?

Han pasado diez años
y ya no puedo caminar sin báculo.

26

Si ya te tengo!

Te llevo secuestrado
en mi pecho de muchacha florida.

Contigo huyo cantando
primavera adentro...

Rey!

Tan valiente y tan grande!
Y cómo te escondes
igual que un pajarito de nada
en mi corazón!

27

Se inclinó hasta mi oído
y nada dijo.
Sus ojos tenían rumores de agua
y árboles crecidos.

Fue sólo un instante.
La eternidad
en este corazón pequeñito.
Por sobre todas las palabras
del mundo,
aquel momento fue mío.

28

Bajemos, señor!

El rocío
amaneció de oro lívido
para nosotros.

Anoche durmieron las nubes
sobre las hojitas alucinadas.
Y mis ojos han amanecido
agolpados de niebla...

Vas a dejarme con este asombro
de cristal en las manos?
Bajemos!,
el rocío amaneció de oro,
de un oro nublado y vacilante
como tú..., como el amor.

29

Tú no has muerto.

Fueron aquellos días alegres
los que huyeron.

Ay! Cuando el enfurecido mar
nos cercaba de espadas
y colores encarnizados!

Y el corazón devastando
toda lágrima, toda zozobra...,
el corazón que sabía
ver florecer la risa
sobre los dientes de los niños.

Tú no has muerto.

Pero no sabemos qué hacer
con el acosado amor solitario!

Nos hemos quedado
Viéndonos las manos.

Lamentádonos aturdidos, descontentos
de nuestro propio mundo
abandonado.

30

Pensando que voy
junto contigo
no conozco el cansancio
ni la pesadumbre.

La ternura que pones
para pintar tu paso.
Tu paso sobre mi corazón,
que es como un aleteo de palomas,
como una lluvia fina
sobre la hierba niña...

Quedaron atrás las ciudades,
los hombres,
las palabras,
al aire suave,
sobre la tierra del trigo
yo te sigo así,
inocente.

Confundirán los vientos
nuestras últimas huellas!
Y entonces la tierra
una nueva flor
dará.

31

Se había levantado del asiento de piedra.

La tarde
le caía en los cabellos
y una palabra errante,
de larga sed,
le cortaba el paso:
tú eres el verdadero reino...

Dos brazos delgados,
sin pulseras,
cayeron sobre sus hombros.

En el cielo asomaban
las primeras estrellas...
Ya no se movían sus cabellos.
El viento seguía murmurándole,
desde la voz
que venía de lejos:
tú eres el verdadero reino...

Y hacía mucho tiempo

que se había ido.

Y la mujer seguía con los brazos levantados!

32

Yo sé que es un pecado,

pero no tiene remedio...

Mi corazón se ha vuelto loco.

Mi vida es un florecimiento!

Verde retoño. Campo encendido.

Fiesta de aromas

y colores!

Y huyo bajo los cielos turbados

porque no se me rompa el gozo.

La alegría es mi desnudez!

33

Te seguiré,

rey mío!

Por este camino por donde voy
con mi jadeo de esperanzas.

Hasta que vengas un día
por el verso de tu esclava!

Esa que te sigue
dándole vueltas a las madrugadas,
huyendo por el túnel de la noche,
naciéndote día a día
en tu zozobra...

34

Me da miedo tu casa...

Tu casa grande
llena de colgaduras
y cristales
y pasos apagados.

Qué maldad
no dejar entrar el sol!

Cualquier muchacha
sueña con tu palacio,
pero a mí me da miedo.
Con sus paredes tan altas,
y sus leyendas de oro!

Cuando estés en el balcón
voy a tirarte piedrecitas
de estas.
Tan bonitas!

Lástima que no te dejen
reunir conmigo
para jugar.

Si alguna vez pienso en ti
me das pena.
Tan solito en tu casa grande!

35

De lejos vine

para verme con él.

ha pasado por mi lado

sin notarme...

El sol se echaba sobre el mundo

y nos alumbraba.

Con toda aquella luz

cómo no vio mi alegría?

Yo había venido con el viento.

Corriendo,

sofocada,

la blusa abierta...

Fue cuando su mirada

pasó sobre mi pecho.

Tantos siglos llevan encima

las cosas conocidas?

De lejos vine
para vernos.
Y él me miró
sin verme.

Para quién entonces
he podido conservarme virgen?

36

Noche de junio.

Sofocada la cara
he salido de la enredadera...
Todavía estoy llorando.

Olorosa a monte,
a nido...
Es de cayenas rojas
mi corona de novia!

El viento me sigue,
y todos los árboles me saludan.
Y el cielo parece que huye;
pero anda conmigo!
Mis lágrimas son de alegría

Que llegue marzo!
Con los primeros retoños
mi hijo llegará.

Nacerá de mi llanto,
de mi susto con júbilo,
de mis mares sin luna...

Entonces
sabré yo, sabrás tú,
el significado profundo
de estas cosas...

37

En silencio

tú me llamaste, señor.
Yo nada sabía,
y miraba tu boca
y no sentía venir tu palabra;
pero me llamaste!

Cómo se perseguían
nuestras manos
tratando de alzarse!
Sobre los tréboles de la mañana
teman el tacto iluminado
de las primeras lluvias.

Levantando mi rostro
hasta tus ojos,
sobre mí reposaste.
Al alcance de mis labios.

Y de amor,
y de rocío,
de lágrimas!
Estaban llenos!

Cuando te alejaste,
sobre el céfiro de tu manto
brillaban hojitas de trébol,
gotas de rocío,
cabellos zafados de mi trenza...

Yo quedaba con tu reposo.
Las hojas conmovidas!
El sol abierto...
Toda la luz del día
en mis ojos!

38

Si vamos a la ciudad
no vayas a tomarme del brazo.
No quiero parecerme
a esas mujeres
que llevan hombres aburridos.

Sin doctores,
ni iglesias,
ni papeles,
nosotros nos casamos
por amor.

Vamos!,
como en el campo!
cogidos de las manos,
retozando...
Como si fuera domingo!

Como un par de campesinos.

Como somos.

Vamos!

Que se rían de nosotros;

pero que se rían

con envidia...

39

Aquí en silencio

estoy guardando el sueño
de un niño
que no es mío...
Junto a su sueño tranquilo
qué hermoso está mi pecho!

El viento abre la ventana
alzando las cortinas.
Y él llora.
Tomándolo en mis brazos
con ternura
le empiezo a cantar...
Y mis brazos retozan.
Y los dos reímos
haciéndonos amigos.

Se ha dormido
sobre mi regazo...

Cómo está de lindo,
de feliz!
Más tarde
tendré que darle el pecho?

40

No me dio tiempo para pensar
si era sólo un aire
de primavera...
Ya estaba con rubores mi rostro!
Y olvidados mis juegos,
y temblando los lazos de mis trenzas
con el soplo de su aliento.

Sería la hora,
o aquellos cantos oídos dentro de la noche?
Tan cerca, y a distancia...
Sería aquel viento
cargado de libélulas felices?

Con los labios blancos
como las flores de mi guirnalda,
amanecía con esposo.

Ya nada me importa
si fue real mi sueño
él es la primavera!

En el aire
siguen las libélulas amándose libremente...
y ya nadie me tiene
más que él!

**Entre la luna y los hombres
(1961)**

Supé que debías llegar

¿Por qué has venido a hallarme?

Mira aquí mis largos deseos como estrellas.
Tengo miedo de nombrarte,
de que sólo seas sueño...
Mi cuerpo tiembla todo como luna en el agua.
Y contra mis manos mudas
mi vientre se me huye...

¿Para qué has llegado?

Tanto esperarte linda,
linda y pura...
¡Y ahora tus labios traen esa crudez retinta!

Estos versos son tuyos.
Tu mirada en mis brazos pesa como el amor.
Tu caricia es de cintas
para atarme la trenza...

Sé que vas a matarme,
pero ven a matarme.

Sé que vas a matarme,
pero ven a matarme.

Se apagarán también tus ojos
junto con mis gemidos.
Y por la única noche mi cuerpo sin angustia
callará la maroma
de sus cinco vigiliass...

Soy como el rostro del mar

¿Habrá algo más lindo
que mi alma?

Mi alma es un navío
sobre el agua multiforme.
Luna,
tranquila nube,
vela henchida.
Tempestad.
Oleaje desbaratado
con su carga de angustia
y de naufragios.
Súbitas luces.
Blancas espumas borbotantes...

¡Oh, mi alma!
¡Cómo te pareces al mar!

Que odie y que maldiga
y que se despedace el resto del mundo.

Yo soy amor vertido siempre.
Vencida tormenta.

Placidez de arco iris.
Temor de pez fugitivo
bajo el agua encrespada...

Todo esto.
Sólo esto,
grande y desesperado,
soy yo.

Esta voz parar alcanzarte

Será un día que llueva.

Será un día que llueva
y quieras besarme mucho;
que mi cuerpo dorado
lleve tu sombra a cuestras
en un tatuaje inmenso...

Será un día como éste,
pero lleno de sombras que conozcan tu boca.
Sacudidos de un mismo mal extraño,
cuando nos amanezca.
Y serpientes agudas por hondos mares invisibles.

Y mi talle pequeño, oprimido y doblado.
Y mis espaldas de agua.
Y tu torre erizada donde cuelguen las águilas.

(Más allá que se aprieten el dancing y los puertos,
hiera de este deseo de niños y manzanas.)

Desde este amor que tiene todas las horas,
yo te voceo, y te nazco, y te siento, y te necesito.

¡Ven, llega luego!
Deslumbrados y huraños
sin querer ni nombramos,
crujirán los deseos azorados y prestos...

Hasta el día que vengas
a cubrirme en silencio, ¡salteador y distinto!

Poema para una joven judía

La lluvia ha abierto la ventana
frente al retrato de ella.

Llueve distinto,
delante del silencio que le pasa por la cara.
Como frente a una casa
donde hubiera una niña
muerta entre espejos.
Como si con los pies desnudos ella viniera,
y la castigara el polvo de muchos caminos...

También la lluvia trae
la misma voz del agua.
Vejez del agua pintada en el recuerdo.
Tiempo de la ola.
¡Inmensidad del mar
a espaldas de la ola!

¡Qué poca cosa es esta casa
cuando miro sus ojos!

¡Ya no llueve!
Pero ella sigue viendo llover.

¡Debió ser media noche
cuando partió a la lejanía!

Primer espanto de la niña con luna

Miro esto que brota de mí,
y me arrodillo.
Y casi digo oraciones,
nombrando al padre muerto
con un gesto largo y extraño...

Como de lejanos países
vienen sonando piedras.
Y arañas menudísimas
por los rumores de las uvas.
¡Y explosiones de minas!
También niños
adentro de mi corazón...

Mi falda se arremolina,
se levanta como un barco,
haciendo señales
de alegría en la noche.
Mientras sigo llorando...,

alzando los brazos tanto,
que desaparecen los senos
en el viento.

En mis hombros
tiembla la noche;
una horca
que moviera en el aire
dos lunas.
Me cerca un miedo extraño.
Y me siento mujer,
¡deliciosamente mujer!

El plinto de cerezos

Cómo decirte ahora,
grande amor que me llegas!
Si ya no tengo cintas,
ni trenza
ni cielo dónde verme.

Me he apretado a la tierra tanto
que el pelo suelto
a ella se me enreda
como raíz...

Si me quedara muerta,
así, dispersa, como huella de un pájaro
afilada en los vientos.

Río y lloro, y me alumbro con estos
cien reflejos de vidrios que se rompen.
Son mis brazos
como un gran viento lleno de blusas.

¡Y estoy más hermosa
entre mis cabellos tumbados
y la pared del mundo!

Ya no hay tumbas,
ni palacios.
El ayer está desvanecido.
Y sólo hay cerezos echados a mis pies.

Poema del destino fundamental

Es amor.

Es lo que no me deja morir.
¿Quién ve en mis grandes delirios
temibles celadas,
carne, desatinos?

Por mis muslos claros
la tierra cumple su destino.
Corre la delicia.
Se padece el gozo.
Y es como espejo
de agua deslumbrada sobre un altar antiguo,
este regazo mío
colmado de niños
en la pleamar del mundo.

¡Qué feliz soy
dentro de la alegría universal!

Envejeciendo junto a los árboles
me dispersaré
sin perder este júbilo.

En cualquier lugar del mundo

Estas son las canciones
que aprenderán muchachos pobres.
Sentados a las puertas, sobre el asiento tímido
de una piedra,
o en la desnuda tierra de los trabajadores.
De los que serán héroes.
De los que andan abajo
guardándole el pecho a las bayonetas finas.

De los que pasan
filtrándose
hasta sus ratoneras, donde sueñan
con las gargantas iluminadas
de las mujeres de los banqueros.

Estas son las canciones
que en la silenciosa noche llegarán
prendidas de los vientos.
Crecidas de lágrimas

al reflejarse en el filo sudado de las hachas
y en los ojos de los niños hambrientos.

Cuando ya mis brazos
como árboles finos no se mezan;
cuando no caiga ya luna
sobre mi cesto de frutas:
lograda estaré en ellos,
en mis trabajadores,
que llevarán ampollada la risa
con un escozor violento.

Estas son las canciones
para arrullar a los niños en las cunas rotas.
Para las mujeres con alma,
para los trabajadores
y para los poetas,
en cualquier lugar del mundo.

Entre los años y la distancia
que nos separan,
ya está tendido al viento
mi corazón bajo la alegre blusa.

Paso del hombre

Será una niña...

vendrá como las flores nuevas
si tropiezas conmigo.
¡No será más que una rosa grande
lo que perseguíamos
como un eco,
una isla o un gnomo!...

Después, bien podrías tú
darle mi mismo nombre.

Y empezaré a besarla
venturosa,
sin saber si la hemos traído
de la tierra o del mar...

Tormenta que nos flanqueó en cualquier parte.
Sin algas, ni estrellas,
ni lugar fijo.

La madre es simple
como una hoja,
pero savia será en su vientre
cuando vaya su hija.

Entre tú y yo
ya está ella.
¿Cuándo la visto?

Tercera vigilia

Ahora son otros días.

Y el amor serpenteando la orilla de mi falda.

Si esto fuera después...
cuando la tierra ciña mis caderas sin brillo;
y dentro de la noche
yo sea otra noche.

Hoy tengo angustia y pena linda.

Mientras, cierro los ojos
y te pienso otra vez.

Queriendo tus manos plácidas
y tu boca sin besos
he vuelto a ser tuya,
como otra mujer
sobre esta que tú conociste:

de placeres antiguos
y borrados en furiosas estrías...

¡Cómo espero tus noches!
Ahora sueño:
cuentos y lagunas,
y focas persiguiendo la ternura del viento...

Para saber que existo
quíereme alguna noche.
Sin voces, sin estrellas,
pero juntos y hundidos
como tierra en la tierra...

Canción de los ritmos eternos

Mirarte la cara

es como cuando tengo paseo al campo.

¿Dime qué tienes tú que así me das de sed?
Sed de sueño, y de vida,
y hasta de muerte...

Apenas hablas
ya asoman los primeros hociquillos dorados...
¡Cómo yo te quiero!,
con mi voz de espanto
quebrada en tus vigalias.

Siempre nuevo y el mismo.
Como este dolor mío
de ancha pubertad;
como las hojas; como los nidos;
como el mar.

¡Ah, mirarte la cara
es agrupar el mundo
y volcarlo en mi vida!

Yo no soy más
que esta grieta de sed que tú me abres.

El otro rostro

Me ha besado.

Era la misma noche de antes.
El rumor de las hojas conocido.
Las manos iguales...
No distinguía el color de sus ojos;
pero brillaban
como todos los ojos
prendidos de deseos.

El viento daba sobre el rostro,
y la noche era un pozo de ternura.
Como por alegres palmas protegidos,
nos hundimos en la tierra
con temor y con júbilo.

Incliné la cabeza
y la escondí en su pecho.
Seguramente reímos juntos

cuando empezó a llover.

Cerré los ojos

y se me fue el mundo...

¡Y no era él!

Proximidad de tu sombra en la distancia

Sentada en una piedra
por ramos de amaranto coronada,
sigo tu amada huella en el camino...
Como si juntos fuéramos toda la jornada.

Olvidadas quedaron las palabras,
y el tiempo y los deseos.
Los pensamientos
te funden en mi vida
inexorablemente.
Ya eres como mis manos,
conocidas y próximas.

Cuando todo este palacio de hojas
se derrumbe,
hasta la tierra se sentirá aliviada
desvaneciendo nuestra sombra única.

Mas, déjame que ahora
por el sueño de un niño
venga marchando el silencio...

Pestañas entrecerradas en la playa de un sueño

Sólo queda de la tarde linda
la suelta cabellera de oro antiguo
con sus puntas mojadas en el mar.

Augurios de imaginarias noches
pasan en el viento.
Y en el agua sueña
con los despeños inmóviles
de los astros.

Se despereza el mar.
Mientras el viento juega con sus jibas
ribeteadas de espuma.

¡Bello y terrible enamorado eterno
de la tierra!
¡Más allá de los ecos!
Hasta alcanzarla
con la ferocidad de su lengua salvaje.

El silencio es como una ternura
afilada de pensamientos.

¡Afuera, todo es el mar!

Y escurre la noche indiferente,
gota a gota, sobre el mundo...

Por el bello fauno arrebatada

Persiguiendo unas algas

me alejo de la playa.

La mañana se queda pendiente
de mis ojos.

Una alta ola

me alcanza todo el mar.

Y ha invadido el mar mi selva
con su cristal crujiente y deshilvanado.

Arrebatada por el más bello fauno,

que no soñó la tierra,

¡me doy un susto de azul inmenso!

¡Toda brazos, toda vida,

toda aliento!

Estoy con el mar

como se está con un hombre.

Callada ansiedad

Verte crecer cada día
en mi corazón.

Pasa tu sed en el viento
tomándome las manos.
Y te llevas mi ternura.
Y haces mi júbilo.

Una eternidad
llueve sobre nosotros.
Y quedarnos callados.
Y verte alejar en la noche.
Y extender mis brazos suplicantes
para cerrarte el paso.
Pero es veloz tu paso,
y tu pelo se lo lleva el viento...

¡Esta campana fija
torciéndome tu nombre!

Alzo mi corazón
como una lámpara en mitad de la noche.
Y siento que la tierra
se parece a mí,
agrietada de raíces,
palpitando de vida...

Mis cabellos zafados brillan

Ya no son del todo negros
ni brillantes mis cabellos,
pero de flores los lleno.
En un descuido dichoso
alguna flor queda en ellos.

Flores silvestres, pequeñas,
que nadie mira,
y que entre mi pelo suelto
se vuelven lindas.

Amo este adorno simple,
como de agua,
como de nube,
como de brisas que se visten de colores.
Diadema de hojas fragantes
de las mujeres sencillas.

Ya no son del todo negros
mis cabellos.
Pero tienen flores,
y brillan.

Dáviva de tu sangre más allá de la muerte (Poema de la hija)

Son las mismas praderas;
pero ahora es tu niña...
(Tú eras el mundo entonces)

¡Ah, la madre que le diste!
De tu desesperada rosa
y tus hermosos fuegos en un centenar de noches
se alimentaba ella.
Pero sólo de ti, de tus paisajes vino:
trajo todo el azul
y el rojo vivo
que enloquece y espanta.

Sin quererlo,
me reflejé en el paso de todas tus mujeres.
Y aprendí de besos y promesas,
de amor, de penas y de olvido.

Para aquellos antepasados ilustres,
ahora dispersos,
como viejos soles que marcharan entre grutas,
son mis blasfemias.

De aquellos hombres de venas retorcidas
es este cuerpo doloroso y fértil
y este paso de abejas y canciones.

Bajo aquella lámpara se ha echado
una gran sombra.

Pero aquí está tu niña:
eslabón que continúa las cadenas crueles.

Es esta toda mi herencia reunida.
Con ella me atrevo a sonreír a los niños,
reconociendo tu cara pálida,
y tus gusanos, tus tisis,
en todos los ecos de la tierra
hablar a los niños es como tropezar con tus oídos.

Y es así también como quiero su rostro
parecido al tuyo.
El rostro de mi niña
copiándote en el viento.

Esto es el nuevo día
después de un naufragio.

Pienso en ti como en una infinita arboleda

Estoy a tu lado,

y mi pensamiento está lejos.

Y son árboles. Todos los árboles del mundo
llevándote.

Tu aliento en la oscuridad
es como si me besaras en la boca.

¿En qué paraísos del mar o del viento
se criaría este silencio?

¡Así te amo, y te persigo y te pienso!

Cada día
renaces en los árboles
con la fuerza tranquila de la naturaleza.
Están parados los caminos.

¡Y tu corazón huyendo con mi corazón!

Canción para soñar la pradera de un hijo

Hombre que me deseas,
líbrame de este largo arrebató de anillos.
En este espacio blanco
hay un niño crecido de tu boca a mis ángeles.

Apágame el sentido
de un zarpazo de lunas.
Mi tierra echará flor
en los surcos de espanto que me dejen tus besos.

Sólo así:
ausente y maravillada
y desprevenida como el mundo.

Como rama con fruta.
Mi ancho grito
apagado en canción.
Forjada en copo suave
como para tumbarme sobre orquídeas y lirios.

¡Un niño! Sin asombros.
Como niños le crecen a las ciudades.

Mi beso ya no tiene pleamares.
Y ya no sé dónde estoy..

Ha vuelto a mirarme

¡Ha vuelto a mirarme!

¡Su mirada
tan mía!

Su mirada de un siglo
abriéndose camino
por entre luces de naranjos
para llegar a mí...

¡Eran los mismos cielos de trigo!

Yo iba
con las manos tendidas.
Como una hoja
penando por su planta...

Su mirada fue como
una lumbre volcada,
¡deshilachada al viento!

Mi tarde sin labrador

De lejos

pensé que eran praderas.
ya estaba forjando ríos,
y helechos, y casas con niños alegres
jugando a los sembrados...

Y eran hombres.
Labradores que regresaban del campo.
Venían con la pala al hombro
y cantaban.

La tarde se volvía brazos fuertes.
Pechos anchos
poblados de vellos.
Barbas crecidas
y manos callosas.

Una ráfaga de viento,
que caminaba con ellos,

me bañó la cara de sudor.
(¡Con qué delicia
se aspira el olor de la tierra!)

Ya sin sueño, sola...
me metí por entre la siembra.

¡Qué fresco sentía el trigo
en mis piernas!

Boceto de mi semblante sin edad

Si yo hubiera nacido en Francia,
cómo hubiera querido un hombre de estos lados.
Uno de éstos, de amor, de alegría, de amenaza, completo.

Todo nuevo: dureza y color
del bronce y de la piedra.

Tomada sin civilizaciones.
Todo instantáneo como el huevecillo
que sobre las flores dejan los insectos.

¡Fuertes lluvias,
y vientos desatados,
y árboles crujientes,
y espesas noches
sobre nosotros
como sobre otra tierra!

Y él, en el instante pleno
en que me ha de oprimir toda...
Perseguidor de niños.

El placer eterno para mis linos.
¡Rocío vivo sobre mi pradera de mayo!

De haber nacido lejos,
decididamente, hubiera venido a parar aquí,
a la tierra de mis hombres.
¡Cómo amo a mis pies que no fueron por el mundo!

Acre sabor de raíz

Me alcanzó junto a la tarde.

Con el trigo a la cintura
íbamos al paso...

Yo nada sabía de él,
y mi corazón era como hierba pequeñita...
Él me tomó en sus brazos
y me besó.
Tenía un gusto de raíz.

El agua se nos vino encima
como un repique de fiesta.

La lluvia caía sobre los huertos
cargando en alto mi júbilo.
... Después vino la noche,
la noche honda y rumorosa,
y en ella naufragamos...

Y nos sorprendió el día
con frutas,
y gajos y racimos,
a flor de tierra...

Mi boca tenía
el mismo gusto salobre,
y el trigo brillaba en mis flancos...

Por el camino
unos arrieros pasaban cantando.

La tierra tenía pocitos de lluvia.
Olía a tierra...

Echo a volar tus camisas

En las ramas de un naranjo
echo a secar tus camisas...
¡Qué alegre amanece el patio
de la casa!

Lindo está mi asoleadero
cuando lavo.
Como si tuviese alas
con tus camisas tendidas.

Las hojas se ponen húmedas
y las camisas retozan.
Un saludo de mar verde
por un adiós de pan blanco...

Son tus camisas de fiesta,
tus camisas de trabajo,
con agudos alfileres
sostenidas en el aire.

Brillando de puro blancas,
calle arriba, calle abajo
por todas partes te llevan...

Yo te aguardo.
La noche siempre está hermosa.
¡Qué alegre amanece el día
en mi patio!

A precio de ángel mi blancura

Soy todavía hermosa.

Y quiero.

Suelta por los campos
como las hojas.

Y no soy libre.

Pero es fresca mi boca,
siempre extendida
junto a mi brazo desnudo.

Pero esos caminos,
que alzan a la vida mi destino de amor,
cuando a precio de ángel
mi carne blanquísima.

Ahora estoy rica.

Y ando orgullosa, y corro...,
como un muchacho cuando alcanza un nido.

Con este verso
y esta flor que he ganado.

Poema de mi casa de cuatro gradas

No tiene balcones mi casa.

Entre las otras casas,
altas, serias,
casi deshabitadas,
es como una muchacha estrepitosa
riendo.

¡Qué alegre estoy con mi casa
de cuatro gradas!,
con muchos postigos
y de rojo pintado el alero.
Y un gran patio soleado
y tres niñas alegres y hermosas
haciendo nacer el día
en mi pedacito de mundo.

Enfrente el polvo agobia
los viejos caserones olvidados.
En mis matas las rosas

dan una gracia viva.
El mantel en mi mesa
brilla de puro blanco.

Y relucen al sol
los pasadores negros.

Para saber si soy feliz
sólo tengo que mirar
la fachada inmóvil
de la casa de enfrente.

¡Alzo mis brazos fuertes!

¡Oh, Dios!

conserva mis brazos fuertes.

Sin desmayos.

¡Que no los miren

los hombres!

Como ramas

llenas de savia

me están acunando el pecho...

Ya son un columpio vivo

con nidos

de hojas de roble.

Ya son un espacio de agua

en mis argollas ardientes.

Para sostenerlo a él,

¡oh, Dios!

conserva hermosos

mis brazos.

Brazos como raíces
que puedan anudarlo
y que puedan vencerlo...

¡Tenerme, tenerme toda!

Tenerme

es algo más que este clima de noches blancas,
flotando en mi alegre vestidura.

Tener mis brazos cargados de leyendas,
de cauces misteriosos, de islas
y de niños errantes que me piden el pecho.

Y tener todos mis momentos,
los que elevados en gritos
hicieron de mi carne su tejido.

Y esta pincelada de lunas nuevas
que bajo los hombros
tiene el propio sabor de la vida.

¡Tenerme, tenerme toda!
Aún para las dulces siegas
mi vientre está elevado...

¡Ay!, que sólo soy esto:
tierra pegada a la tierra,
cielo que me circunda, y me huye, y me alumbra.

Escalerilla de niños.
Casa de azúcar...

¡Ya no te gustaría otra mujer!

Al pie de tu nombre quieto

Pienso en ti

y tu nombre es lo único
que alcanzo a sentir intacto.

Ni un solo rasgo tuyo
dentro de mis sentidos.
No te siento ni siquiera soñado,
Ni perdido...
Estás completamente borrado.
Como si te hubiera tenido retratado en el agua.
Éxodos taciturnos
de días apagados...,
de silencios y lágrimas y risas sin amparo
sonando
por una ventana mal cerrada.

Pienso en ti
y es como los lisos días repetidos,

sin recuerdo
y sin espera...

Pienso en ti
y el mundo
ni siquiera me da vueltas...

Al pie de tu nombre inmóvil
sólo este ir y venir
del afán
de vivir contigo,
pero sin ti...

Tiempo cerrado

Cerco tu rostro amado

con mis brazos.

Y huyo por tus ojos y tu boca
saltándote la impaciencia.

Nada tienes de extraño.

Tú

¡sólo eres tú!

También estos días
se quedarán sin edad.

Te beso entre los ojos.

¡Toda mi vida se va en este momento!

¿Hasta aquí llegará el mundo?

Por irme con el mar

¡Se cayó la casa!

Ya está con los hombros en tierra
mi madre de treinta años.

La había abandonado
para irme con el mar...
Y ha caído junto con mis sueños,
resaca de piedras
como los que se van sin hablar.

Mi casa de arena
y cal y caña brava.
Mi casa llena de historias...,
con árboles
y amores
y locuras y pájaros
y yo.

Sólo ha quedado
un poquito de agua
en el aljibe.
Una medalla suelta.
Un ojo aún con vida
que me mira absorto...

Apoyo la frente
sobre una teja rota
y lloro.

¡Así mismo me miró mi madre!



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-116-9

DEPÓSITO LEGAL

DC2022001408

CARACAS, VENEZUELA, OCTUBRE DE 2022

La presente edición de
ANTOLOGÍA POÉTICA
se realizó
durante el mes
de octubre de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Antología poética La poesía de María Calcaño fue tardíamente reconocida y difundida, su distanciamiento de los círculos literarios de difusión y la censura moral limitaron la publicación de su obra en vida. En la presente selección, que recoge una muestra de tres de sus poemarios, su lírica se expresa en un lenguaje prístino, transparente y profuso de imágenes; así, encontramos una exaltación del yo, un erotismo intenso, así como los abismos de lo onírico y los miedos tras las sonrisas y los modos sociales. Por ejemplo, en *Alas fatales*, aparecido en 1935, Calcaño rompe con el estereotipo de la escritura femenina de su época, el desenfreno verbal con que enaltece el erotismo masculino incluso traspasa los límites de clase, al destacar las cualidades estéticas del obrero, del joven a caballo y de la mujer pobre como sujetos del discurso poético. Publicado más de dos décadas después, en *Canciones que oyeron mis últimas muñecas* (1956) predomina el tono confesional, de la niña casada a los catorce años y que se siente como las muñecas que dejó atrás: usada y abandonada, querida y olvidada, una crítica a la relación atávica del hombre hacia la mujer, donde se percibe la pulsión de lo nuevo y la inminencia de la muerte. El verbo de María Calcaño es la voz de la rebeldía de la mujer, que se manifiesta contra la opresión de la sociedad machista, una poesía adelantada para su época donde la exaltación del eros es una forma legítima de libertad.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

